

Homilía del Arzobispo de Oviedo en la solemnidad de la INMACULADA CLAUSURA DEL AÑO MARIANO

8 de Diciembre de 2001, Covadonga

“Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”. (Luc 1,28)

Estas palabras del arcángel Gabriel resuenan hoy como alabanza en toda la Iglesia cuando celebramos la Concepción Inmaculada de la Virgen María. ¡Alégrate, María!, porque fuiste escogida y bendita entre todas las mujeres, para ser enemiga perpetua del pecado y Madre del Salvador del mundo. Tu grandeza espiritual y humana es *causa de nuestra alegría*. Tú eres *vida y esperanza nuestra* por tu maternal ayuda al pueblo asturiano, que te venera en este Santuario de Covadonga.

Hemos subido al santuario de la Santina para darte gracias por los abundantes favores que has derramado sobre nosotros a lo largo del año mariano conmemorativo del primer centenario de tu basílica. Venimos hoy a renovar nuestra consagración a Jesús por tu medio, a clausurar el Año Mariano, reafirmando nuestros propósitos de impulsar la nueva evangelización de Asturias.

“El Señor hizo en mi maravillas y santo es su nombre”. (Luc 1, 49)

El Año Mariano fue ocasión de que Dios derramara sobre la Iglesia en Asturias abundantes bienes espirituales, que queremos agradecer al clausurar el año dedicado a la Virgen. El Santuario de Covadonga ha sido lugar de encuentro de millares de peregrinos de toda edad y condición que vinieron a honrar a la Virgen y experimentaron aquí una profunda renovación espiritual. La imagen peregrina de la Santina recorrió los catorce arciprestazgos de nuestra diócesis despertando el afecto y devoción del pueblo cristiano a la Santísima Virgen. Los grupos arciprestales vinieron como peregrinos a devolver la visita a la Santina en la novena de su fiesta con signos extraordinarios de fervor y de amor a María.

En el año mariano han participado en nuestras celebraciones todos los Obispos de la Provincia Eclesiástica, los antiguos Obispos Auxiliares de Oviedo y los tres Arzobispos de las Provincias Eclesiásticas vecinas. Nos acompañó el Nuncio de Su Santidad y el Cardenal Primado de Toledo, nuestro paisano, que presidió la fiesta de la dedicación de la basílica. Tuvimos la alegría de contar con la presencia de las Autoridades del Principado y con la su Alteza el Príncipe de Asturias, Presidente de Honor del Real Patronato de Covadonga.

El esplendor de las celebraciones, sin embargo, no fue lo más importante, sino la experiencia de la cercanía de la Santina a todos y cada uno de los que vinimos encontrarnos con Ella. Niños, jóvenes, ancianos, enfermos, familias enteras, grupos de peregrinos de España o de otras naciones; sacerdotes, personas consagradas, militantes cristianos, personas devotas de la Virgen o con dudas de fe y alejados de la práctica del sacramento de la penitencia... todos nos hemos sentido invitados por la gracia de Dios a cambiar de vida y a ser mejores discípulos de Cristo.

Quedó en la Iglesia diocesana un sentido más vivo de comunidad: en las parroquias, en los arciprestazgos y en los grupos cristianos. Será preciso seguir cultivando y perfeccionando en el futuro esta misma manera de comunión. Nos hemos sentido más estrechamente unidos junto a la Madre del cielo, nos hemos sentido *“comunidad diocesana”* y, como tal, partícipes de la responsabilidad *“misionera”* y *“solidarios”* con los más pobres y marginados, abriéndonos a los problemas del mundo sin límites de razas ni de fronteras.

La experiencia religiosa del año mariano, continuando nuestra participación en el Jubileo del año 2000, dio apoyo espiritual al Plan Pastoral Diocesano y nos proporcionó una nueva luz para seguir adelante en el camino de la nueva evangelización de Asturias. Nuestra más sincera felicitación y gratitud a la Junta promotora del Año Santo y a cuantos colaboraron con el Vicario General en la organización del Jubileo y del Año Mariano.

¡Manos a la obra!

Nos queda mucho camino por andar. Al clausurar el Año Mariano queremos mirar con esperanza hacia el futuro. El Papa Juan Pablo II nos exhorta en su carta apostólica **Novo Millennio Ineunte** a lanzarnos mar adentro hacia el nuevo milenio que estamos comenzando: *Duc in Altum!* Es Jesús quien nos invita a ser testigos de su Salvación en nuestro tiempo.

El mundo contemporáneo necesita de Cristo, aunque muchos no lo ignoren o no lo acepten. La sociedad humana está tomando nueva conciencia de la necesidad de *alientos espirituales y éticos* para impedir que la ambición descontrolada y sin freno de unos poderosos siga marginando a pueblos enteros del planeta, manteniéndolos en la carencia de los medios necesarios para la vida. Las posibilidades que la sociedad humana tiene en nuestros días con sus prometedores avances técnicos, contrastan con las graves injusticias de nuestro mundo: las guerras, el hambre, las acciones criminales terroristas y las enfermedades endémicas que se ceban sobre los más débiles y podrían ser eliminadas o al menos mitigadas. Los principios materialistas e individualistas nunca serán capaces de generar paz, justicia y tolerancia. El horizonte cerrado de quienes rechazan a Dios y se erigen a sí mismos en salvadores de los hombres, conducen a situaciones inhumanas, que con razón preocupan a toda persona de buena voluntad. El campo es inmenso. Está reseco y empieza a sentir la desazón y la desesperanza. En situaciones como las presentes no faltan tampoco entre los creyentes los profetas de calamidades, los aberrantes apocalípticos, que quisieran estimular nuestra conversión por miedo o por terror a los castigos divinos. Los cristianos hemos de ser evangelizadores de la esperanza y del amor fraterno. Nuestra base sólida de esperanza es Cristo, el Hijo de Dios, que nos ha transmitido la gran revelación de que *Dios nos ama, nos invita a participar de su vida eterna y nos llama a vivir según sus leyes en el amor a Él y a los hermanos.*

Recuperar la alegría de ser cristianos.

La nueva evangelización requiere que los creyentes renovemos nuestra fe en Jesucristo, muerto y resucitado. La Santina siempre nos conduce al encuentro de Cristo, resucitado y presente en la Iglesia. Frente al desaliento de algunos, la llamada de Cristo es fuente de esperanza. *“Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo. Id por todo el mundo y anunciad el evangelio a toda criatura. Mi yugo es suave y mi carga ligera. Toma tu cruz de cada día y sígueme”.*

La evangelización *consiste en anunciar a Cristo* (Pablo VI), en invitar a creer en él y a seguirle. Es una invitación que pide la respuesta libre de los llamados. La Iglesia no puede evangelizar desde la fuerza o desde el poder de este mundo, sino desde la humildad de quien se reconoce mero instrumento de Dios en esta hora.

La condición de evangelizadores, asumida como Cristo lo desea, nos inunda de alegría y de esperanza a todos los cristianos, a los seglares, a los sacerdotes y a las personas de especial consagración. A todos nos dice el Señor: *“No temáis. En el mundo tendréis tribulación y hasta persecución pero no temáis: Yo he vencido al mundo”.* Esta victoria no puede interpretarse como un triunfo mundano, sino como *triunfo en la cruz*. En la cruz reina Jesucristo. En su cruz y en nuestras cruces. Nuestro evangelio no puede prescindir de la cruz, no puede esquivarla, ni desconocer a los hermanos que sufren enfermedades, marginación o cualquier clase de sufrimiento. Muy al contrario; anunciamos la salvación a los pobres y a los marginados, a los presos y a los enfermos porque *de ellos ante todo es el reino de Dios.*

Formar militantes

La evangelización es tarea de todos los miembros de la Iglesia, cada uno según su propia vocación y carisma. Pero no caigamos en el error de creer que por ser cristianos, seglares, sacerdotes o religiosos, somos ya buenos evangelizadores. Nuestro primer deber es tratar de ser también nosotros mismos evangelizados ante la nueva situación del mundo.

La nueva evangelización necesita fermentos cristianos en el corazón de la sociedad, es decir, necesita cristianos, que en el corazón de la sociedad influyan con su propio testimonio para hacerla fermentar. La principal urgencia es, por consiguiente, *la formación integral de cristianos laicos, para que sean testigos de Jesús en medio del mundo.*

La *formación integral* es una necesidad que afecta personalmente a cada uno de nosotros, pero ha de conducirnos a vivir en la comunidad de la Iglesia y nunca marginarnos de ella. Los “francotiradores” no son testigos de Cristo, ni de su Iglesia, a la que Cristo confió la tarea de la evangelización. La vivencia de la comunión se realiza en la comunidad. Los cristianos debemos ser conscientes de que nuestra vida en Cristo pasa por nuestra efectiva incorporación a su Iglesia. La celebración de los sacramentos, la oración litúrgica, la lectura de la Palabra de Dios, la comunicación de bienes y la fraternidad se han de realizar en la Iglesia, si queremos que nuestro testimonio de cristianos pueda ser aceptado por los hombres. *“Que sean uno para que el mundo crea. Que viendo vuestra unión, el mundo glorifique a mi Padre del cielo”.* ¿Cómo van a creer en nuestra llamada al amor fraterno universal si no lo ven reflejado en nuestra vida en relación con los hermanos de la fe?

Amor a la Iglesia

Desde la situación personal que estoy viviendo cercano ya a recibir el relevo de mi responsabilidad de Pastor de esta diócesis, quiero comunicaros la *urgencia de amar a la Iglesia, y deciros que la devoción a la Virgen es algo fundamental para mantener nuestra fidelidad a Jesús y a su Iglesia.*

Como un símbolo de esta convicción quiero dejar en Covadonga el báculo episcopal que me regaló el pueblo de Mora, mi pueblo natal, al ser nombrado obispo de Guadix. En él hay figuras de gran significado para mí: los ramos de olivo, el escudo de Mora, una alegoría al Concilio Vaticano II, la imposición de la casulla por la Virgen a San Ildefonso y mi propio escudo episcopal. Todo ello como marco de la figura del Buen Pastor, que es Jesucristo llevando en sus hombros la oveja perdida y encontrada.

Os pido que renovéis conmigo el amor a la Iglesia diocesana ante la Santina. Nuestra Iglesia diocesana tiene una preciosa historia en Covadonga. La Santina nos ayudará a seguir amando a la Iglesia en la que moran Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, y en la que recibimos de Jesús por la mediación maternal de María, todos los bienes: el perdón de los pecados y la unción del Espíritu para consagrarnos al servicio del amor fraterno.

María, Madre de la Iglesia nos ayude y acompañe en nuestra misión futura. En petición de esta ayuda y protección de María os invito a *renovar en la Santa Cueva la consagración de Asturias a Jesucristo* poniendo en manos de la Virgen nuestros deseos de ser Iglesia viva y misionera en el siglo XXI, que estamos comenzando. Así sea.

+Gabino, Arzobispo de Oviedo